

curiosidad, aquellos homenajes turbaron de tal modo á Moreau, que mientras que los demás pronunciaron con énfasis sus nombres oscuros ó tristemente célebres, él pronunció el suyo á pesar de lo glorioso que era, en voz tan baja que apenas se le oyó, como en justo castigo de haber comprometido una reputacion tan bella.

Los debates fueron largos, habiendo seguido exactamente los acusados el sistema que se habian propuesto, pues dijeron que Jorge y MM. Polignac y de Riviere habian ido á París persuadidos, porque así se les habia manifestado, de que el nuevo gobierno carecia enteramente de popularidad, y la opinion se habia pronunciado en favor de los Borbones. Por lo demás, no ocultaron su adhesion á la causa de los príncipes legítimos, y lo dispuestos que se hallaban á cooperar en favor de un movimiento, si hubiera sido posible realizarlo; pero añadieron que aunque los intrigantes decian que Moreau se hallaba pronto á acoger á los Borbones, no pensaba en tal cosa ni nunca habia querido escuchar ninguna de sus proposiciones, no habiéndole pasado por la imaginacion el conspirar. Interrogado Jorge, acerca del fondo del proyecto, para lo cual se leyeron sus primeras declaraciones, en las cuales confesó habia ido á Francia con objeto de asaltar al primer consul en el camino de la Malmaison, llevando á su lado á un príncipe francés, no supo que contestar, y dijo, que sin duda se habria pensado en ello más tarde, á creer oportuno apelar á la insurreccion; pero que como esto no era posible en aquel momento, niquiera se habian ocupado en el plan de ataque. Entonces le mostró el presidente los puña-

les, los uniformes que habian de servir para los chuanes, y los mismos chuanes que se hallaban sentados en los bancos de los acusados; y aunque no se aturdió precisamente, no contestó, como si quisiera confesar con su silencio que ni era verosímil, ni digno el sistema inventado en favor de sus compañeros de acusacion y de Moreau.

Solo acerca de una cosa estuvieron todos conformes por lo manifestado en sus primeras declaraciones, que fué en que con ellos iba un príncipe francés, pues conocian que para que no se les tuviera por asesinos era preciso poder decir se hallaba á su cabeza un príncipe. Poco les importaba al decirlo que se comprometiese la dignidad real; un Borbon les daba visos de soldados que iban á pelear por la dinastía legítima, y puesto que aquellos imprudentes Borbones se hallaban sanos y salvos en Lóndres, sin cuidarse de sus malhadadas víctimas, bien podian estas tratar de salvar en París, ya que no su vida, á lo menos su honra.

En cuanto á Moreau, su sistema era mas especioso pues no lo habia variado, siendo el mismo que espuso al primer consul en una carta que escribió demasiado tarde por desgracia, esto es, mucho tiempo despues de los inútiles interrogatorios que le tomó el juez supremo, y cuando comprometido el gobierno á seguir el proceso, no podía retroceder sin que se creyera temia fuese público el debate. Su sistema se reducía á confesar habia visto á Pichegrú, pero que fué con objeto de reconciliarse con él y proporcionarle medios para entrar en Francia; que terminada la guerra civil creyó que el vencedor de Holanda valia la pena



de volver á servir á la República, pero que no quiso verle abiertamente ni solicitar directamente su perdón, porque nada podia en el ánimo del primer consul de resultas de la reyerta que con él habia tenido, no habiendo sido otro el motivo de verse rodeado de tantos misterios; que es cierto hubo quien se valió de aquella ocasion para hablarle de proyectos contra el gobierno, pero que los rechazó por ridiculos; y que si no los denunció fué porque los creyó sin riesgo alguno, ademas de que un hombre como él no hacia veces de delator.

Este sistema defendible sino hubiera tenido en contra circunstancias positivas y testimonios irrefragables, dió lugar á debates muy vivos, en los cuales recobró Moreau su presencia de ánimo como solia sucederle en la guerra cuando urgia el peligro, y hasta respondió de un modo noble, aplaudiéndole en gran manera el auditorio.—Puesto que Pichegrú era un traidor, le dijo el presidente, y vos le denunciásteis en tiempo del Directorio, ¿cómo pudisteis pensar en reconciliaros con él y traerle á Francia?—Llenando, respondió Moreau, como llenaba los salones de Paris y los del primer consul el ejército de Condé, nada de particular tiene que yo me ocupase en traer á Francia al conquistador de Holanda.—Entonces le preguntaron porqué en tiempo del Directorio delató á Pichegrú tan tarde, y aun manifestando sospechas sobre su vida anterior, á lo cual respondió:—Cuándo Pichegrú y el principe de Condé se avistaron en la frontera, corté sus conferencias interponiendo entre este principe y el Rhin, gracias á las victorias de mi ejército, ochenta leguas

de distancia, pero así que pasó el peligro someti á un consejo de guerra los papeles que se encontraron, dejándole en libertad de enviarlos al gobierno si lo creia útil.—Interrogado despues Moreau acerca de la índole del complot en que le propusieron tomase parte, insistió en que habia rechazado las proposiciones que le hicieron.—Si, le dijo el presidente, rechazásteis la proposicion de volver á colocar en el trono á los Borbones, pero consentisteis en valeros de Pichegrú y Jorge para derribar al gobierno consular animado de la esperanza de recibir la dictadura de sus manos.

—Eso de que queria valerme, respondió Moreau, de los realistas para ser dictador, y creer que si conseguia la victoria iban á darme el poder, es un proyecto ridiculo, y ya sabeis que yo no he hecho cosas ridiculas, á pesar de que he sostenido la guerra por espacio de diez años.—Este recuerdo de su vida pasada fué acogido con una salva de aplausos; pero no todos los testigos conocian el secreto de los realistas, no todos se hallaban espuestos á desdeirse de sus primeras declaraciones, y quedaba un tal Roland, empleado que fué del ejército, que repitió con dolor, pero con una constancia que nada pudo vencer, lo que manifestó el primer dia. El acusado en cuestion dijo, que como sirviese de intermediario entre Pichegrú y Moreau, éste le encargó declarase que no queria Borbones, pero que si le libraban de cónsules, usaria del poder que indefectiblemente debian darle, para salvar á los conspiradores y encumbrar á Pichegrú á la altura de que habia descendido. Otros confirmaron tambien lo dicho por Roland y Bouvet de Lozier, oficial de Jorge, que se



habia librado de un suicidio para lanzar la acusacion terrible contra Moreau, no podia retractarla y la repetia haciendo esfuerzos para ver de atenuarla. En su acusacion que presentó por escrito, solo reveló cosas que sabia de boca del mismo Jorge, pero éste respondia que Bouvet habia oido mal, que no le habia comprendido y que por consiguiente lo que referia era inexacto; mas siempre quedaba en pié la entrevista que á media noche tuvieron en la Magdalena, Moreau, Pichegrú y Jorge, circunstancia que no podia conciliarse con un simple proyecto de traer á Francia á Pichegrú. ¿A qué venia el hallarse de noche en una cita con el gefe de los conspiradores, esto es, con un hombre á quien no podia tratarse inocentemente, á no ser realista? Acerca de esto eran tan terminantes las declaraciones, concordaban hasta tal punto unas con otras, que aunque los realistas tenian la mejor voluntad del mundo no podian desdecirse de lo que ya habian declarado, y cuando lo intentaban, les confundia al momento el presidente.

Decaído Moreau, empezó á disminuirse de un modo notable el interés del auditorio, pero algunas reconvenções bastante torpes que el presidente hizo á aquel sobre su fortuna, avivaron algun tanto dicho interés que iba á extinguirse pronto.—Cuando no otra cosa, le dijo el presidente, sois culpable por no revelar lo que sabeis, y por mas que pretendais que un hombre como vos no puede hacer de delator, debiais obedecer la ley, la cual dispone que todo ciudadano cualquiera que sea, está obligado á denunciar los complots que lleguen á su conocimiento. Además debeis hacerlo tratándose como se trata de un go-

bierno que os ha colmado de beneficios: ¿no teneis un sueldo magnifico, un palacio y ricas haciendas?—Esta reconvenção, hecha á uno de los generales mas desinteresados de aquella época, era poco decorosa, de suerte que Moreau contestó:—Señor presidente, no pongais en parangon los servicios que he prestado con el caudal que poseo, porque no hay comparacion posible entre semejantes cosas. Es verdad que tengo un sueldo de 40,000 francos, una casa y una hacienda que no sé si vale 300, ó 400,000 francos; pero si me hubiera aprovechado de la victoria como tantos otros, tendria en el dia 50.000,000.—Rastadt, Biberach, Engen, Möesskirch y Hohenlinden, estos recuerdos tan bellos comparados con un poco de dinero, animaron al auditorio, y arrancaron aplausos, que iban empezando á escasear, merced á lo inverosímil de la defensa.

Hacia ya unos doce dias que duraban los debates, y la agitacion de los ánimos era grande, pues asi como en nuestro tiempo hemos visto embargada enteramente la atencion del público por un proceso, lo mismo sucedia entonces, pero con circunstancias á propósito para producir otra emocion que curiosidad. Eso de oponer un general infortunado y preso, en presencia de otro triunfante y coronado, la última resistencia que era posible hacer á un poder cada vez mas absoluto; la voz de los abogados resonando como en el pais mas libre, cuando la tribuna nacional habia enmudecido; y aquellas ilustres cabezas, pertenecientes á la emigracion unas, y á la República otras, pero todas en peligro; todo esto conmovia los animos, y con razon. Así es que todos se dejaban



llevar de una compasion justa, y quizá tambien del sentimiento oculto que nos hace desear sufra algun descalabro el hombre feliz y poderoso; y sin que esto fuera ser enemigos del gobierno, formaban votos por Moreau. Napoleon que no abrigaba la ruin envidia que le atribuian, y que sabia harto bien, que aunque Moreau no era amigo de los Borbones, habia querido le quitasen la vida para reemplazarle en el supremo poder, creia y decia en alta voz, que debian hacerle justicia condenando á un general convicto del crimen de lesa-nacion. Y deseaba fuese condenado para justificarse él; pero lo deseaba, no para que rodase en el cadalso la cabeza del vencedor de Hohenlinden, sino para tener la honra de perdonarle, cosa que sabian los jueces y el público.

Pero la justicia, que nada tiene que ver con las consideraciones de la política, y con razon, porque si la política es algunas veces humana y sabia, tambien es cruel é imprudente, la justicia en medio de aquel conflicto engendrado por las pasiones, y que era el último que debia turbar el profundo reposo del Imperio, permaneció impassible, y dictó una sentencia justa.

El 21 de pradiel, (30 de junio), al cabo de catorce dias de debates, cuando el tribunal se retiró á deliberar, ciertos acusados realistas, conociendo que les habian engañado, no sirviendo para nada los esfuerzos hechos á fin de disculpar á Moreau, pidieron se les permitiese ver al juez instructor con el objeto de hacer declaraciones mas veridicas, pues decian que no eran tres las entrevistas celebradas con Moreau sino cinco. Así que lo supo Mr. Real, corrió á ver al emperador, y este es-

cribió sin detenerse un momento al archi-canciller Cambaceres, para que viese el modo de introducirse donde estaban reunidos los jueces; pero esto era difícil amen de inútil, y sin querer prestarse á oír nuevas declaraciones, dictaron el mismo dia, es decir, el 40 de junio, una sentencia libre de toda influencia estraña. Jorge y diez y nueve de sus cómplices, fueron condenados á muerte; Moreau, como no estaba suficientemente probada su complicidad material, solo fué sentenciado á dos años de prision; Mr. Armando de Polignac y Mr. de Riviere, á la pena capital; Mr. Julio de Polignac con otros cinco procesados, á dos años de prision; y veinte y dos salieron absueltos.

Esta sentencia fué aprobada por las personas imparciales; pero causó un disgusto mortal al nuevo emperador, quien se enfureció contra la debilidad de aquella justicia, acusada por otros de barbarie, y aun faltó á la medida que la autoridad suprema debe imponerse, sobre todo en materia tan grave; pero en el estado de exasperacion en que se hallaba, gracias á las hablillas de sus enemigos, era difícil conseguir de él se mostrase clemente. Sin embargo, se calmaba tan pronto, era tan generoso y perspicaz, que los que le buscaban, no tardaban en interesar su razon y conmover su alma, de suerte, que en los pocos dias que se invirtieron en dirigirse á la Corte de Casacion, tomó resoluciones á cual mas oportunas, indultando á Moreau de sus dos años de prision, como le hubiera indultado de la pena capital, si le hubiesen condenado á sufrirla, y consintió en que se marchase á América.

Manifestando el desgraciado general deseos de



vender sus fincas, Napoleon mandó comprarlas inmediatamente en un precio muy subido. En cuanto á los sentenciados del partido realista, dispuesto siempre á tratarles con rigor desde la última conspiracion, no quiso al principio perdonar á ninguno de ellos; y eso que Jorge le inspiraba algun interés por el carácter enérgico que habia demostrado; pero le tenia por enemigo implacable á quien era preciso quitar del medio para asegurar la tranquilidad pública. Los emigrados no se interesaban por Jorge, sino por MM. de Polignac y de Riviere, lamentando la imprudencia que habian cometido aquellos personajes de un rango tan elevado y de tan esmerada educacion, con unirse á unas personas tan poco dignas de ellos; pero no podian resignarse á ver rodar sus cabezas, siendo indudable por otra parte que disculpaba su delito, haciéndoles merecedores de la indulgencia del gefe del imperio, el haberse dejado llevar del espíritu de partido, sanamente apreciado.

Sabiase que Josefina tenia un corazon muy compasivo, que á pesar de la altura á que habia llegado conservaba un carácter bondadoso, y que vivia continuamente sobresaltada, pensando en los puñales alzados contra su marido; y como un acto notable de clemencia podia derribar estos puñales, calmando á unos hombres exasperados, consiguieron llegar hasta ella, gracias á la señora de Remusat, quien pertenecia á su séquito, llevándole á Saint-Cloud á la señora de Polignac, que fué á bañar en lágrimas el manto imperial. Conmovida, como era de esperar de un corazon tan tierno y sensible, al ver á aquella esposa afligida que iba á pedirle con nobleza la vida de su

esposo, corrió en busca de Napoleon para rogarle perdonase al sentenciado; pero ocultando aquel su emocion bajo un aspecto duro y severo, la rechazó bruscamente delante de la señora de Remusat, diciendo á ambas:—Está visto que siempre os habeis de interesar por mis enemigos; unos y otros son tan imprudentes como criminales, y si no les doy una leccion, volverán á empezar, siendo causa de que haya nuevas victimas.—No sabiendo que hacer Josefina al verse rechazada de aquel modo, como Napoleon debia salir de la sala del consejo dentro de muy pocos instantes, y atravesar una galería de palacio, se le ocurrió colocar al paso á la señora de Polignac, para que pudiera arrojarle á sus plantas así que saliera. Efectivamente, al tiempo de pasar, se le presentó aquella y le pidió anegada en lágrimas la vida de su esposo: sorprendido Napoleon, lanzó á Josefina, cuya complicidad adivinó, una mirada severa; pero vencido al instante, dijo á la señora de Polignac que le causaba gran admiracion que Armando de Polignac, que habia sido compañero suyo cuando niños en la escuela militar, hubiese tomado parte en un complot fraguado contra su persona; que sin embargo le perdonaba teniendo en cuenta el estado de afliccion á que iba á quedar reducida su esposa, y que deseaba no tuviese su debilidad resultados funestos, animando á hombres tan imprudentes como los sentenciados.—Señora, añadió, los príncipes que comprometen la vida de los que mejor les sirven, sin participar de sus peligros, son muy culpables.

Enagenada la señora de Polignac de placer y gratitud, fué á contar á los emigrados la escena



que acababa de pasar, y hubo un momento en que al ver semejante acto de clemencia, hicieron justicia á Josefina y Napoleon. Quedaba todavía en peligro Mr. de Riviere; pero Murat y su esposa pidieron al emperador que le perdonase, y como el indulto concedido á Polignac llevaba consigo el de Riviere, lo concedió inmediatamente, no siendo inútil recordar aquí que quince años mas tarde no encontró el generoso Murat igual generosidad.

Este fué el resultado que tuvo aquella triste y odiosa calaverada, que tenia por objeto derribar á Napoleon, y sirvió para que subiese al trono no tan puro por desgracia como lo estaba antes; que causó una muerte trágica á un príncipe francés que no habia conspirado, dejando impunes á los autores de los complots, aunque es verdad que recibieron por castigo un gran descrédito, y por último, que valió el destierro á Moreau, único general que en aquella época podía pasar por rival de Napoleon, rebajando en mucho la gloria de éste y exagerando la suya. Los partidos no debieran olvidar esa lección, porque lo es y grande el ver que el bando ú hombre que intenta destruir á un gobierno por medios criminales, le engrandece mas y mas.

Toda resistencia era ya inútil, pues en 1802 venció Napoleon la que hicieron las autoridades civiles, anulando el Tribunado, y en 1804 la que quisieron hacer las militares, desbaratando la conspiracion de los emigrados y generales republicanos. Gracias á esto, mientras que él escalaba las gradas del trono, Moreau salia para un destierro, no debiendo volver á verse sino á tiro de cañon

al pié de los muros de Dresde, desgraciados ambos y ambos culpables, puesto que el uno volvía del extranjero para pelear contra su patria, y el otro abusaba de su poder hasta el punto de provocar una reaccion universal contra la grandeza de Francia, muriendo el primero de una bala de cañon francesa, y consiguiendo el segundo la victoria, pero no sin ver ya el abismo en que se ha hundido su prodigioso destino.

Sin embargo, aun distaban mucho estos grandes sucesos, siendo entonces Napoleon omnipotente, y parecia que debia serlo siempre. No hay duda en que en aquellos últimos tiempos experimentó algunos disgustos, pues dejando aparte las desgracias de gravedad, la Providencia oculta algunas amarguras anticipadas en el seno de la dicha, para que sirvan de advertencia al hombre, preparándole para sufrir mas tarde terribles infortunios. Penosos fueron para Napoleon aquellos quince dias; mas trascurrieron pronto, y la clemencia de que acababa de usar iluminó con un dulce resplandor su naciente reinado; en cuanto á la muerte de Jorge, causó algun sentimiento por su valor, digno de mejor suerte; pero á nadie contristó, no tardando las masas en entregarse al sentimiento de curiosidad que despertaba un espectáculo tan extraordinario como el que estaba presenciando Francia.

Así acabó al cabo de doce años, no la revolucion francesa, siempre animada é indestructible, sino la República que pasaba por eterna; y acabó á manos de un soldado victorioso, como sucede á todas las repúblicas que no van á adormecerse en brazos de la oligarquía.